

ciano sus ojos al cielo, y con un rostro angélico y un ardor celestial, dijo en latín el versículo del Profeta-Rey:—*Cuando consolaberis me?* ¡Oh Dios mío! ¿Cuándo me consolaréis?—Y en el mismo instante expiró (1).»

Esta muerte, tranquila como la de los Santos y casi milagrosa, debió conmover profundamente á Juana Francisca. Veía todos los días en la enérgica vida de su padre los sacrificios que pide la virtud, y en la muerte de su abuelo se le manifestaron las recompensas que la esperan. Estas dos lecciones que la Providencia divina preparó á su juventud, acabaron de desarrollar los pensamientos graves y la fe ardiente que desde sus primeros años había Dios depositado en el alma de nuestra Santa. Por entonces, Margarita, hermana mayor de Juana Francisca, fué pedida en matrimonio por uno de los señores más nobles de Poitou, Juan Jacobo de Neufchezes, señor de Francs. Era un ventajoso casamiento. El padre del Sr. de Neufchezes era sobrino del ilustre Gaspar de Tavannes, cuyos escritos recogió, publicando sus *Memorias* en 1574. Su nieto, sobrino del que pedía la mano de Margarita, fué gran Almirante de Francia, é hizo un papel importante durante la minoría de Luis XIV, bajo la regencia de Ana de Austria. El Presidente Fremiot acogió con gusto la pretensión del señor de Francs, porque por una parte estrechaba los lazos de amistad que le unían con el Conde de Tavannes, y por otra parte le facilitaba los medios de alejar á sus hijos de Borgoña enviándolos á Poitou. El horizonte político se anublaba, en efecto; desde la muerte del Duque de Alençon, hermano de Enrique III, y, sobre todo, después de la desgraciada paz de Nemours, arrancada á la debilidad del Rey, las cabezas fermentaban en Borgoña, y todo anunciaba que la guerra civil no tardaría en estallar.

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, pág. 2.

Así, en el momento en que se celebró el matrimonio, hacia 1587 (1), el Presidente Fremiot, quedándose con sólo su hijo Andrés, de edad de trece años, confió al señor de Neufchezes á su hija Juana Francisca y la envió á Poitou con su hermana.

Muy triste era para los católicos en aquel tiempo el viaje que emprendía nuestra Santa. Apenas se pasaba el río Loire, cuando por todas partes se presentaban las tierras saqueadas por el protestantismo. Dueños por largo tiempo del Anjou, Poitou y Touraine los hugonotes, habían allí acumulado innumerables ruinas. Casi todas las iglesias habían sido destruidas ó profanadas, los campanarios derribados á fuerza de cañonazos, los atrios acribillados de balas de arcabuz, las estatuas sin cabeza, los relicarios fundidos, los restos de los Santos echados al aire (2). Juana Francisca no podía dar un paso sin sentirse traspasada de dolor. «Dábame tal pena—dice después la misma Santa—ver las iglesias en tan deplorable estado, que no podía contener las lágrimas» (3). Cuando en sus paseos alrededor de Poitiers (donde las tropelías y ultrajes de los hugonotes no tuvieron límites) veía algún pedazo de Cruz, algún resto de estatua oculto entre la hierba, ó alguna capilla medio

(1) Declaración de la Hermana María Amada de Sonnaz. «Añade la dicha declarante, que Santa Juana Francisca fué en seguida á acompañar á la señora Baronesa de Francs, su hermana, á Poitou, teniendo entonces como unos quince años.» «Otros muchos testigos hacen la misma declaración, que es preciosa, porque fija la fecha de este viaje, y hace ver que Santa Juana Francisca no estaba en Borgoña durante las turbaciones de la guerra. Hay en todos los historiadores que han contado la juventud de la Santa una gran confusión y mil cosas inexplicables, á consecuencia del poco cuidado que han tenido en expresar bien las fechas.

(2) Mr. Vaissette, *Hist. del Languedoc*, año de 1566 á 1570.—Sismondi, *Hist. de los franceses*, t. XVIII, pág. 266-306.—Véanse también los grabados de fines del siglo XVI. Se ven en ellos las iglesias medio arruinadas, los campanarios derribados y rotas las estatuas.

(3) Declaraciones de la Madre Favre de Charmette y de la Hermana María Amada de Sonnaz, *sup. art. 13.*

quemada, sus ojos se llenaban al instante de agua. Esta emoción se renovaba tan á menudo, que al fin tomó el partido de no levantar su velo, temiendo conociesen había llorado. Pensaba que el mundo, incapaz de sentir estas aflicciones, imaginaría que tenía penas en el seno mismo de su familia. Toda su vida conservó un doloroso recuerdo de este triste espectáculo; y cuando, ya adelantada en edad, oía cantar en las hermosas lamentaciones de Jeremías: «Los caminos de Sión lloran, porque nadie viene á las solemnidades; sus puertas están por el suelo; sus sacerdotes gimen, y sus vírgenes están amargamente desoladas;» su corazón se oprimía de nuevo como si aún estuviese en Poitou. Quiso que se las pusiesen en verso. «¡Oh—decía,—si yo hubiera tenido estos versos cuando era joven, los hubiera cantado todos los días!» Tal era á los dieciséis años el alma de Santa Juana Francisca. Uniendo esta exquisita sensibilidad con la virilidad de carácter y la fe ardiente de que hemos hablado antes, podrá formarse idea de lo que será nuestra Santa el día en que hayan dado su fruto tan preciosos gérmenes.

Por lo demás, tiempo era de que Juana Francisca y su hermana dejasen la Borgoña. Como el Sr. de Fremiot lo había previsto, la guerra civil iba á estallar; y mientras llegaba la hora de la reparación y la justicia, que no es dado á los partidos rehusar á los que cumplen valerosamente con su deber, el Presidente iba á correr los mayores peligros.

Una cuestión importantísima preocupaba entonces é impresionaba á todo el mundo. Enrique III, que había sucedido en 1575 á su hermano Carlos IX, no tenía hijos. Su pariente más cercano y el heredero presunto de su corona, Enrique de Bearn pertenecía á la religión reformada. ¿Qué iba á ser de la Francia, el reino cristianísimo, el día en que Enrique III bajase á las bóvedas de San Dionisio? El trono de Clodoveo, de Carlo-

mago y de San Luis, ¿podía ser ocupado por un hugonote? De estas ideas nació la Liga. Bendecida en su origen y principios por el Papa Gregorio XIII, aprobada por el Rey Enrique III, que se puso á su cabeza, propagada por el clero, aclamada por todo el pueblo, la Liga, en su principio y en su primer impulso fué uno de los más bellos actos de fe que ha podido hacer todo un pueblo cristiano. Pero por santa y sagrada que sea una causa, ¡cuán difícil es que sus defensores no se manchen con las pasiones! Fuese ambición en unos, desidia é incapacidad de otros, la discordia entre el Rey y la Liga estalló; y por una de esas mil contradicciones en que abunda la historia de los hombres, la espada desenvainada para alejar del trono á un Rey protestante, se empleaba en hacer bajar de él á un Rey católico.

A los ojos del Presidente Fremiot era esto un atentado que nada podía absolver, justificar ni excusar, ni aun los crímenes que justamente se reprendían en Enrique III. En vano el Parlamento de Borgoña se hizo casi todo del partido de la Liga; en vano sus miembros más respetables, el primer Presidente Bruslard, el Presidente Seannin, el Sr. de Montholon y el Sr. des Barres, todos parientes ó amigos de Fremiot, se pusieron á la cabeza del movimiento. Nada pudo apartar á este digno magistrado de lo que creía ser su deber. Rehusó sentarse en el Parlamento, que no dando ya sus sentencias en nombre del Rey, no era á sus ojos más que una junta de rebeldes, y saliendo de Dijón se fué á vivir al campo.

En el momento se desencadenó la furia del populacho; no se oyen más que gritos y amenazas contra el Presidente: saquean su casa, insultan á sus parientes, cogen á su hijo, y le encierran en el castillo de Dijón.

El Sr. de Fremiot no se deja intimidar ni abatir; trata con el Conde de Tavannes, hijo del ilustre Mariscal de este nombre, se apodera sagazmente de Flavigny, pe-

queña plaza muy fuerte situada en Borgoña en la cima de un monte, convoca allí á todos los magistrados que pensando como él habían salido de Dijón, y en una sesión solemne declara en nombre de Enrique III, cuyas órdenes había tomado, que el Parlamento de Borgoña se había trasladado de Dijón á Flavigny.

Era este un golpe atrevido, y no es difícil imaginar cuánta sería la cólera que esta noticia produjo en Dijón. Los magistrados empeñados en la Liga, casaron y anularon por adelantado todos los actos del Parlamento de Flavigny, confiscaron los bienes de los magistrados empleados en él, y como el Presidente Fremiot era el alma de esta reunión, después de haber tentado seducirle con las ofertas más grandes y magníficas, conociendo era inflexible, recurrieron á uno de esos horribles medios que ninguna guerra puede legitimar, y que señalan con una mancha eterna é infame á los que se sirven de ellos. El Sr. Claudio Fremiot, su hermano, fué encargado de ir á Flavigny con orden de decir al Presidente que disolviese al punto el Parlamento realista, ó se decapitaría á su hijo, enviándole después en un saco su cabeza.

Hay hombres que nunca se muestran más grandes que en los mayores dolores; el Sr. de Fremiot confundió á sus enemigos con la sublimidad de su valor. «¡Más vale que muera el hijo inocente, y que el padre no viva culpable!» exclamó al saber noticia tan terrible. Después abrazó á su hermano, le animó para sufrir esta prueba cruel, y le entregó una carta para el Sr. de Fervaque, Gobernador de la provincia; carta admirable que estuvo después largo tiempo desconocida en los archivos municipales de Dijón.

Esta carta es como sigue: al leerla se siente el latido de corazón de un ciudadano tan grande y leal cual le ha formado el Cristianismo; tan fuerte como el de Roma, pero más sensible, y por consiguiente más verídico.

«Señor :

»Estoy muy agradecido á vos y á todos los señores de la ciudad, por el favor que me habéis hecho permitiendo á mi hermano venir á verme á esta villa; no sólo por el contento que he recibido al consolarnos mutuamente de nuestras desgracias públicas y privadas, sino porque en esto he conocido la buena opinión que tenéis todavía de mí, á saber: que guardo siempre en mi alma el amor que un hombre de bien debe tener á su patria y conciudadanos. ¡Plugiera á Dios, ciertamente, que mi vida fuese sacrificada por el bien público, y que todo marchase con felicidad !

»Yo bien quisiera haber podido dejarme vencer por las lágrimas y persuaciones de mi hermano, que me han llegado á lo íntimo del corazón, al saber los pesares y malos tratamientos que él y mi hijo han sufrido por mi causa, y que mis deudos se hallan aún amenazados. Pero mi honor y mi deber me impiden doblegarme bajo el peso de todas estas cosas.

»Os ruego, pues, humildemente, que consideréis, señor, cuál ha sido mi pasada conducta, y estoy seguro que, lejos de criticarme, cuantos quieran juzgarme sin pasión alabarán el deseo y el afán con que he procurado la paz de toda la provincia, como también mi paciencia entre tantas amenazas y malos intentos contra mi pobre persona.

»Es cierto que el verme precisado á vivir en esta provincia, puesto que el Rey me lo había mandado (y por otro lado, ¿que había yo hecho para ser desterrado de ella?), y no oyendo otra cosa sino que á éste y á aquél se les había dado el encargo de quitarme la vida, determiné buscar una habitación más segura que una mala casa de campo, con cuyo fin me dirigí á esta villa el martes último.

»Si es un crimen ser fiel vasallo del Rey y retirarse á una ciudad que permanece en su obediencia, soy cul-

pable. Si es un crimen también el que un hombre honrado, á quien se persigue y á quien injustamente se le quiere quitar la vida, busque un asilo para su defensa, soy culpable. Pero, señor, vos sois bastante discreto para imputarme estas cosas como crímenes.

»Y aun cuando yo hubiera faltado en esto, no comprendo por qué ha de recaer el castigo sobre mi hijo y sobre mis hermanos, hermanas y parientes cercanos, que son inocentes, y de los que no tengo noticia alguna hace dos meses enteros.

»Y, sin embargo, mi hermano me trae la funesta y amenazadora noticia de que se me enviará en un saco la cabeza de mi hijo, y se maltratará cuanto sea posible á todos mis parientes.

»Yo bien sé, señor, que en un corazón tan generoso como lo es el vuestro, no cabe tan cruel y bárbara resolución, y que todo esto es efecto de los consejos furibundos de mis enemigos, que querían satisfacer su pasión desmesurada á expensas de la buena y grande reputación que habéis adquirido con mil heroicas hazañas, y con tantos servicios como habéis hecho en los honrosos empleos que dignamente habéis desempeñado: por lo cual espero que no os dejaréis arrastrar por un pensamiento tan horrible é inhumano.

»Mas si vuestra virtud y buen carácter fuesen dominados por la violencia y furor de mis enemigos, confieso que no estoy tan desprovisto del afecto y amor paterno, que no me conmoviese extraordinariamente con tan terrible espectáculo. Pero, sin embargo, diría con toda resolución que tenía por muy feliz á mi hijo viéndole morir jóven, en la primera flor de su edad, por los acontecimientos públicos, mereciendo por su inocencia un sepulcro honroso, y más bien por el destino y la desgracia que por culpa de su padre, anticipar el fin de su vida, evitando la pena de las calamidades que se preparan para este miserable Estado.

»Yo os suplico, pues, templéis con la sal de vuestra prudencia estos malos consejos; y creed que ni los tormentos que pudieran darme, ni cuanto pueda hacerse contra mi hijo, que sentiré más que si se hiciese conmigo, será bastante para que yo consienta en la menor cosa que sea contra mi honor y el deber de un hombre honrado. Quiero más bien morir ahora con toda mi buena fama, que vivir largo tiempo sin la reputación de hombre de bien. Y os aseguro que si hubiera podido hacer sin mengua de mi honor lo que dijisteis á mi hermano, ciertamente habría condescendido.

»Os ruego humildemente que toméis á bien cuanto os digo; y creed que no hay nadie en este mundo que desee más que yo el bien y la paz de nuestra patria; y que si alguna vez puedo serla útil, lo haré con el mayor placer y mejor voluntad.

»Ruego al Señor os conserve vuestra vida y salud muchos y felices años.

»Flavigny, domingo 5 de Marzo de 1589.

»Vuestro muy humilde y obediente servidor,

»Fremiot.» (1)

No se pueden leer estas líneas sin conocer el alma heroica de su autor. Los de la Liga, aun los más violentos se conmovieron y no se atrevieron á ejecutar sus amenazas. Se contentaron con tener encarcelado al joven Andrés Fremiot, sobre cuya cabeza quedó suspendida la espada, esperando que el amor ó el temor harían más flexible al Sr. de Fremiot.

(1) Archivos de la ciudad de Dijón. *Correspondencia municipal*, B. 22, registro X, núm. 122. Véase al fin del volumen la nota núm. 3. Damos allí el texto entero de esta admirable carta, respetando su estilo antiguo así como su ortografía. Ya estaba esto escrito cuando, leyendo la *Historia del Parlamento de Borgoña* que acaba de publicar el Sr. Lacuisine, hemos encontrado en ella esta carta no solamente impresa, sino juzgada como merece. (*El Parlamento de Borgoña desde su origen hasta su caída*, por el Sr. de la Lacuisine, Presidente de la Audiencia imperial de Dijón, 2 volúmenes en 8.º mayor, Dijón, t. II, 27.)

En este tiempo, una noticia terrible resonó en toda Francia: el puñal homicida cortó la vida á Enrique III el 2 de Agosto de 1589, y la raza de los Valois se había extinguido con él. El trono de San Luis pertenecía á un protestante, y la Francia católica quedó aterrada con tan infausto acontecimiento. «En lugar de las aclamaciones y del «Viva el Rey» que en semejantes ocasiones se acostumbra, se veía á unos encasquetándose el sombrero ó tirándole al suelo; otros cerraban sus puños, se daban la mano, se prometían no recibir un Rey hugonote, y jurando y perjurando, concluían diciendo: *primero morir mil veces.*» (1) El Presidente quedó más afligido y aterrado que nadie. «En una noche encaneció del todo del lado de que estaba echado.» (2) ¿Qué resolución, en efecto, debía tomar? Enrique IV era nieto de San Luis, heredero legítimo de la corona, ¿cómo abandonarle? Por otra parte, Enrique IV era hereje, ¿cómo obedecerle? El Sr. de Fremiot meditó toda una noche, revolviendo en su cabeza estos pensamientos, y amaneció encanecido por el insomnio y la agitación, pero decidido á tomar una de esas resoluciones sublimes que bastan para inmortalizar á un hombre para siempre. Enrique IV era nieto de San Luis; el trono le pertenecía; el Sr. de Fremiot hizo ondear su bandera sobre las torres de Flavigny: por otra parte, Enrique IV era protestante, no podía reinar sobre franceses; el señor de Fremiot resolvió dejarse hacer pedazos á las puertas de Flavigny si el Rey se aventuraba á entrar sin haber hecho su abjuración. «Señor—decía después al gran Enrique,—si V. M. no hubiera gritado: ¡Viva la Iglesia Romana! tampoco hubiera yo dicho nunca: ¡Viva el Rey Enrique IV!»

Tomada ya esta resolución, partió al instante el se-

(1) *Historia Universal*, de D'Aubigné, t. III, lib. II, c. XXII.

(2) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. 7.

ñor de Fremiot para unirse con el Conde de Tavannes, que al frente de sus tropas sitiaba el castillo de Duesnes. Les anunció la terrible noticia de la muerte de Enrique III, y les hizo jurar fidelidad al Rey Enrique IV, con tal que se hiciese católico. Redactaba al pie de la muralla el acta del juramento del ejército, cuando una bala de mosquete hizo reventar el tambor sobre el que escribía: sin que su mano temblase, pidió otro tambor, y siguió escribiendo en el mismo lugar.

Así pasaron cuatro ó cinco años hasta el completo triunfo de Enrique IV, durante los cuales el señor de Fremiot gastó su fortuna, vendió sus propiedades y expuso su vida, «inculcando á todos los que con él se habían afiliado, que la mayor riqueza de un político y de un militar es empobrecerse gloriosamente, guardando la fidelidad jurada á Dios y al Rey.» (1)

Para concluir este retrato, muy imperfecto por cierto, del sublime carácter del señor de Fremiot, añadiremos que la hora del triunfo le encontró más grande aún que la del peligro. Hasta sus mismos enemigos se vieron obligados á reconocer y confesar su desinterés y su modestia. Sorprendido con los elogios que se le daban, sin dejarse tentar por los elevados empleos con que se le brindaba, rehusando el de primer Presidente en el Parlamento de Borgoña, resistiendo directamente al deseo de Enrique IV, que quería llevarle á París, fué tan inflexible en su modestia como lo había sido en su fidelidad. Llegado á la cima de los honores, este hombre, tan grande como sencillo, no aspiraba más que á la soledad, al olvido de todas las criaturas y al trato íntimo y tranquilo con Dios; y hubiera querido poder ser sacerdote para consagrar su vejez á Dios y al bien de los hombres. Este era su sueño dorado y su única ambición (2).

(1) *Memorias de la Madre de Chaugy*, p. 6.

(2) Casi todos estos hechos, poco conocidos, han sido atestiguados